

Alégrense en el Señor

Por el Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

Nadie es un extraño



El Amor a Dios y el Amor al Prójimo son los dos grandes mandamientos que nos da nuestro Redentor. Nada es más importante. No debemos permitir que nada se interponga en el camino de nuestra completa e incondicional observancia de estas Leyes de Amor.

Pero la pregunta que invariablemente hacemos (consciente o inconscientemente) es "¿Quién es mi prójimo?" ¿A quién debemos amar especialmente cuando estamos en medio de una pandemia que

amenaza nuestra salud, nuestro bienestar económico y nuestra paz mental?

Un maestro de la ley que quería saber qué tenía que hacer para alcanzar la vida eterna le hizo a Jesús esta pregunta (cf. Lc 10, 25-37). Jesús había respondido inicialmente: Ama a Dios y ama a tu prójimo. Pero el maestro de la ley obviamente pensó que algunas personas no eran su prójimo. Jesús respondió con la Parábola del Buen Samaritano. El punto culminante de la parábola revierte la pregunta del maestro de la ley; ahora se convierte en ¿a quién él está llamado a ser prójimo? La respuesta: todos los necesitados. Todo el mundo merece respeto, bondad, justicia, compasión y las necesidades básicas de la vida.

En un número reciente de este boletín, cité la declaración del Papa Francisco de que la "indiferencia egoísta" puede ser un virus peor que el COVID 19. La indiferencia egoísta es exactamente de lo que el sacerdote y el levita en la parábola de Jesús eran culpables. Ellos tenían sus propios problemas, sus propias inquietudes y preocupaciones. Cualquiera que fueran sus razones, ellos "dieron un rodeo y siguieron adelante" sin ofrecer ninguna ayuda en absoluto. Fue el extranjero, alguien detestado por los judíos en la época de Jesús, quien ayudó al hombre que fue golpeado, despojado, robado y dado por muerto mientras viajaba de Jerusalén a Jericó.

Como San Lucas nos dice tan conmovedoramente:

Pero un hombre de Samaria que viajaba por el mismo camino, al verlo, sintió compasión.

Se acercó a él, le curó las heridas con aceite y vino, y le puso vendas. Luego lo subió en su propia cabalgadura, lo llevo a un alojamiento y lo cuidó.

Al día siguiente, el samaritano sacó el equivalente al salario de dos días, se lo dio al dueño del alojamiento y le dijo: 'Cuide a este hombre, y si gasta usted algo más, yo se lo pagaré cuando vuelva' (Lc 10:33-35).

Este samaritano actúa como prójimo del hombre porque mira más allá de las diferencias entre ellos y ve su unidad esencial como seres humanos. Y no sólo reconoce su humanidad común, actúa con bondad, compasión y generosidad para asegurar que su prójimo sea restaurado a una plena salud y dignidad.

Durante esta pandemia, que comprensiblemente causa que nos enfoquemos en las necesidades de nuestros semejantes —especialmente nuestras familias, los ancianos y los más vulnerables— es importante que recordemos las lecciones que Jesús enseñó en la Parábola del Buen Samaritano. Si nos centramos exclusivamente en nuestras propias necesidades, excluyendo a aquellos que están fuera de nuestro círculo interno, sucumbimos al virus de la indiferencia egoísta, y no observamos el Gran Mandamiento del Amor.

¿Cómo podemos ser un buen prójimo para aquellos que están fuera de nuestro círculo íntimo cuando se nos exige practicar el distanciamiento social y poner nuestras propias necesidades en primer lugar? ¿Cómo podemos resistir la tentación de ser egoístas e indiferentes a las necesidades de aquellos que no vemos y no podemos tocar? ¡Necesitamos ayuda!

El Don Del Espíritu Santo

En Pentecostés, el Señor Resucitado sopló sobre la comunidad de sus discípulos: "Reciban el Espíritu Santo..."

Este don del Espíritu Santo es crucial hoy, porque la gente de nuestro país está viviendo un apocalipsis. La Biblia se refiere a diferentes eventos apocalípticos. Estos no son exclusivamente descripciones o profecías sobre el fin del mundo. Los acontecimientos trascendentales o catastróficos se predicen, no sólo para asustar a los oyentes o lectores, sino para advertirles de serios problemas en el horizonte. En la Palabra de Dios, un acontecimiento apocalíptico a menudo revela a personas poderosas que están empeñadas en lo opuesto a una respuesta fiel, lógica y amorosa a las iniciativas salvíficas de Dios, que crea y redime.

Preparándome para celebrar este Pentecostés, me convencí de que debemos prestar especial intención a las palabras y gestos cruciales del Cristo Resucitado, quien nos trae el Espíritu Santo. Porque estamos viviendo eventos terribles que paralizan y aterrorizan precisamente porque privan a los seres humanos de aliento. Hoy el salmo responsorial recuerda el destino de los seres vivos que son privados de aliento: ellos perecen.

370.000 seres humanos en todo el mundo – más de 100.000 en los Estados Unidos – han perecido en la pandemia. El último pensamiento consciente de muchos, probablemente la mayoría, debe haber sido *'no puedo respirar.'* Sabemos que, mientras moría en una calle de Minneapolis bajo la rodilla de su asesino, George Floyd exclamó *¡no puedo respirar!* La noticia de estas muertes y la destrucción que han generado, literalmente nos quitan el aliento. La gente asustada a menudo aguanta la respiración. Debe decirse enfáticamente a las personas en pánico que vuelvan a respirar.

Covid-19, el asesinato de George Floyd, las muertes innecesarias de tantas personas de color, la explotación desvergonzada de la división social para la gratificación personal o el beneficio político – ESTOS SON EVENTOS APOCALIPTICOS que no están destinados simplemente a asustarnos – para quitarnos el aliento – sino para advertirnos de graves problemas en el horizonte, así como el verdadero significado del peligro que ya está entre nosotros. Necesitamos desesperadamente respirar, para que podamos reconocer que los esfuerzos de personas de gran poder para dividirnos son diametralmente opuestos al plan que Dios tiene para este mundo.

Como él hizo en la noche de ese primer día de la semana, el primer momento de una nueva creación, Jesús está aquí entre sus discípulos asustados. El sopla sobre nosotros el don del Espíritu Santo, que es nuestro Defensor, el Espíritu de la verdad, que el mundo no puede aceptar, porque no lo ve ni lo conoce (Jn 14, 17). Hoy se cumple de nuevo la fiel promesa del Resucitado, al obsequiar a sus discípulos con el Espíritu Santo que el Padre va a enviar en mi nombre — él les enseñará todas las cosas y les recordará todo lo que yo les he dicho (Jn 14, 26).

El Espíritu Santo creará unidad verdadera en la diversidad y otorgará dones dados para la vida del mundo. Que María, la Madre de Jesús, la Madre de Dios, la Madre de la Iglesia que oró con los 120 discípulos en el primer Pentecostés, interceda por nosotros hoy, para que podamos recibir el Don y respirar. El Espíritu nos recordará que Jesús nos enseña cómo ser un prójimo.

Comunicado del Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R., Arzobispo de Newark sobre la muerte de George Floyd y las protestas nacionales

3 de junio de 2020

La comunidad de la Arquidiócesis Católica Romana de Newark se une a las diócesis católicas de todos los Estados Unidos, así como a todas las personas de buena voluntad, para condenar el asesinato brutal y sin sentido de George Floyd en Minneapolis este 25 de mayo. Manifestamos nuestro profundo pesar a su familia y amigos, quienes sufren una aflicción devastadora para el alma debido a su terrible muerte.

Ofrecemos nuestras sentidas oraciones a las comunidades de Minneapolis y St. Paul, y expresamos nuestra solidaridad especial con nuestro amado hermano, el arzobispo Bernard Hebda, y la comunidad que sirve.

El asesinato de George Floyd, que representa solo el caso más reciente de un afroamericano que muere a manos de quienes tienen el compromiso de proteger a la sociedad, ha causado la ira

justificada y protestas pacíficas por todos los Estados Unidos. La rabia, así como la explotación desvergonzada de esta tragedia, han desatado una violencia inexcusable en muchas ciudades de esta nación. Mientras presenciamos el ahogamiento de nuestro país, muchos de nosotros clamamos con angustia: ¿por qué?

La manera en que respondamos esta pregunta es crucial porque, entonces, sabremos por qué vamos a orar y cómo debemos actuar. Nadie acude a Jesús con el pobre pretexto de querer sentirse mejor. Se acude a Él para nombrar el mal y pedir su ayuda. Debemos acudir al Señor del Universo porque la iniquidad que nombramos no se puede erradicar por nuestros propios medios y sin Su ayuda.

La necesidad de nombrar la maldad del racismo nos postra, puesto que tantos sucesos en nuestra vida —y aún más en la historia de nuestro país— nos apremian para que reconozcamos con vergüenza el pecado nacional que obliga a la población afroamericana a soportar de manera absurda e implacable las humillaciones, las indignidades y la falta de igualdad de oportunidades. Nuestra tolerancia ante el racismo, así como la sordera colectiva ante el clamor de quienes se ven agraviados de manera tan lamentable, junto con la promoción consciente e inconcebible de las divisiones en esta nación, han permitido que se propague la maldad abyecta del racismo.

Por supuesto, cuando se toleran las facciones al estilo tribal en los Estados Unidos, especialmente en el entorno político, se promueven tanto una ley de la selva como una ética inmoral de que “la fuerza hace el derecho.” La retórica violenta, el egoísmo e, incluso, el uso indebido de los símbolos religiosos conspiran para crear un ambiente cargado de malevolencia en el cual se permite que florezca desenfrenadamente el pecado del racismo. Nuestra sociedad no podrá progresar en sus esfuerzos por afrontar la maldad del racismo, sin tener la voluntad de vencer a los promotores de la polarización.

En la Arquidiócesis de Newark, debemos renovar nuestro compromiso de hacer realidad el sueño de la paz desarrollada en torno a la justicia y la igualdad racial para todos nuestros hermanos y hermanas, aquí en el norte de Nueva Jersey, así como a lo ancho y largo de los Estados Unidos. Puesto que esta es nuestra meta, acogemos con gratitud las palabras proféticas del reverendo Martin Luther King, hijo: «La oscuridad no puede expulsar la oscuridad; solo la luz puede hacerlo. El odio no puede expulsar el odio; solo el amor puede hacerlo».

Con gran pesar, pero también con profunda esperanza, acudimos a la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, e invocamos su protección y amparo durante estos tiempos turbulentos. Esa joven mujer cantó sobre [Aquel que] ...de generación en generación es Su misericordia para los que le temen. Ha hecho proezas con Su brazo; ha esparcido a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Ha quitado a los poderosos de sus tronos; y ha exaltado a los humildes. (Lucas 1:50-52). Que ella nos inspire con su valentía para hacer el trabajo de la justicia y eliminar —de una vez y para siempre— todo el odio, la intolerancia y la violencia de nuestros corazones, nuestros hogares y nuestras comunidades.

Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.

Un Mensaje del Papa Francisco: Palabras de Desafío y Esperanza



Amigos míos, no podemos tolerar no cerrar los ojos ante el racismo y la exclusión en cualquiera de sus formas y a la vez decir que defendemos lo sagrado de cada vida humana. Al mismo tiempo, hay que reconocer que la violencia de las noches recientes es autodestructiva y contraproducente. Nada se gana con la violencia y es tanto lo que se pierde.

Ruego por el descanso del alma de George Floyd y de todos los que han perdido la vida como resultado del pecado del racismo. Que haya reconciliación nacional y paz.

Hoy quiero enfatizar que el problema de la intolerancia debe afrontarse en todas sus formas: dondequiera que cualquier minoría sea perseguida y marginada debido a sus convicciones religiosas o identidad étnica, el bienestar de toda la sociedad está en peligro y cada uno de nosotros debe sentirse afectado. Con especial tristeza pienso en los sufrimientos, la marginación y las persecuciones tan reales que no pocos cristianos sufren en varios países. Combinemos nuestros esfuerzos en promover una cultura de encuentro, respeto, comprensión y perdón mutuo.

Los chivos expiatorios no sólo son buscados para pagar, con su libertad y con su vida, por todos los males sociales como era típico en las sociedades primitivas, sino que más allá de esto, a veces hay una tendencia a fabricar deliberadamente enemigos: figuras estereotipadas que representan todas las características que la sociedad percibe o interpreta como amenazantes. Los mecanismos que forman estas imágenes son los mismos que permitieron la difusión de ideas racistas en su tiempo.

¡Que nadie le dé la espalda a la sociedad y se sienta excluido! ¡No a la segregación! ¡No al racismo!

Mi Oración para Ustedes

Padre amado, durante este tiempo de crisis mundial, y acontecimientos catastróficos aquí en casa, ¿cómo podemos caminar con nuestros hermanos y hermanas que están sufriendo? ¿Cómo podemos compartir su recorrido? Señor, muéstranos cómo seguir tus pasos mientras caminas con aquellos que realmente son nuestro prójimo porque nos reclaman ser acogidos, protegidos, sanados e integrados plenamente en nuestras comunidades.



Cardenal Joseph W. Tobin, C.Ss.R.
Arzobispo de Newark

